

Necesita, por medio de un salto de gigantes, levantarse desde los abismos humanos hasta las alturas de Dios, humillándose y aniquilándose, no en sí mismo, sino ante Dios; y una vez conseguido este esfuerzo, el nudo está ya resuelto; porque Dios ensalza al hombre en proporción de lo que él mismo se había abatido, confesando que no le es lícito gloriarse, sino en el favor y en la omnipotencia divina.

Al pensar de esta manera, tomamos la resolución de ir á buscar la paz que necesitábamos en los recursos de la Religión, y á la sombra de los claustros del colegio de Guadalupe. Sin vacilar un momento, pusimos en planta aquella resolución, dando de mano á algunas atenciones que nos ocupaban. Al dejar tras de nosotros el umbral de las puertas del monasterio, nos propusimos olvidar por unos dias cuanto pudiese tener pendiente nuestra atención en otra parte que no fuese dentro de los muros de aquella casa.

VIII.

No nos ocuparemos de describir el interior del vasto monasterio de Guadalupe; con la bella distribución de sus departamentos, sus hermosísimos patios; su estenso jardín, y algunas obras de arquitectura dignas de especial mención (*): esto no cumple al propósito

(*) Entre otras obras notables recordamos una bellísima capilla erijida en honor de la Concepcion Inmaculada de María, donde se ven admirables trabajos de talla en cantera: esta capilla tiene de notable el ser una miniatura de la basílica de San Pablo de Londres. Un magnífico algibe en que se conserva el agua necesaria para el consumo de la comunidad en todo el año; esta obra tiene de notable que se desagua naturalmente á cierta altura, sin que sea conocido el conducto por donde se hace el desagüe. Un arco que sostiene el lienzo de pared de una capilla que amenaza ruina: este arco es notable por su forma y por la manera con que ejerce una doble fuerza para sostenerse á sí mismo, y sostener la capilla á que sirve de apoyo. Estas dos últimas obras fueron construidas por un religioso laico del mismo Colegio, que fué un insigne arquitecto.

que nos hemos fijado. Nuestro objeto es dar á conocer las impresiones que en un claustro se pueden recibir. Al describir estas, nos ocuparemos muy al paso de algunos objetos materiales á que conservemos ligado algún recuerdo. Por tanto no será extraño que pasemos por alto verdaderas cosas notables, y que mencionemos otras muy triviales. En circunstancias dadas no fijan la atención del caminante las proporciones colosales, y magestuosa hermosura del pino secular á cuyo pié se guarece de los abrasadores rayos del sol de mediodía; y sin embargo, se estasia mirando la trasparente gota de resina que destila del mismo tronco, y el pequeñísimo insecto que construye su albergue al abrigo de la corteza.

Al caer la tarde entramos al convento, y despues de haber recorrido algunos ambulatorios, apenas alumbrados por la incierta luz del crepúsculo, quedamos en posesion de la celda que nos fué señalada para habitacion. Como no conociamos todavia la distribución del estenso edificio, al entrar á la celda perdimos hasta el rumbo hácia donde quedaba la puerta principal, y nos encontramos como extraviados en nuestra misma casa. Esto nos hizo traer á la memoria aquellas fantasías tan frecuentes de las leyendas de la edad media, que nos representan unos castillos llenos de laberintos y de puertas secretas que, cerrándose tras del peregrino que allí recibiera la hospitalidad por una noche, no le dejaban ni vestigios del camino que habia llevado; ni conciencia segura de la situacion que guardaba, teniendo que dormirse pensando en endriagos y gigantes que vendrian á turbar su sueño.

En aquella celda encontramos los muebles necesarios para nuestra permanencia de algunos dias; una mesa con

útiles de escritorio y algunos libros; todo era pobre, pero aseado con esmero. Tan luego como nos instalamos en este lugar, sentimos una especie de trasformacion en todo nuestro individuo, que nunca podriamos explicar cumplidamente. Como el que por largo intervalo ha estado sumergido en el agua, y que mediante un esfuerzo sale á respirar el aire en la superficie: como el que está medio sofocado en una atmósfera impregnada de miasmas dañinos aspira por fin una corriente de viento puro que ensancha y vivifica sus pulmones, así nos sentimos nosotros cuando abrumados por nuestra anterior situacion, fuimos á sujetarnos voluntariamente á las influencias de aquel claustro.

Toda esa noche estuvo llamando nuestra atencion el ruido extraño que formaban las impetuosas corrientes de viento que, entrando por los brocales de un algibe, iban á hacer una esplosion en la profundidad, semejante á la detonacion lejana de una pieza de artillería de batalla. Esas ráfagas de viento eran una imágen de las pasiones del siglo que invaden hasta el ámbito silencioso de los claustros, para ir á hacer contra sus muros la postrera esplosion, cuyo ruido trae el recuerdo de las borrascas de allá fuera.

Permanecemos mas de quince dias en el Colegio de Guadalupe, recibiendo en cada uno de ellos frecuentes obsequios y manifestaciones muy espresivas del aprecio de unos huéspedes que no nos conocian, ni supieron de nosotros otra cosa, mas que habiamos llamado á las puertas de su casa en busca de la paz del corazon. Algunos religiosos nos visitaban diariamente; pero sin ser nunca importunos ni embarazarnos en nuestra dedicacion á otros objetos. Ningun religioso, al hacernos sus visitas, dejaba de llevarnos un pequeño obsequio de

aquello que creia podria sernos útil ó necesario: nos preguntaban, con empeño, si careciamos de alguna cosa ó si deseabamos otra, y se esforzaban por prevenir á nuestros deseos.

Los mismos que nos visitaban, se ofrecieron á enseñarnos lo que hubiera de mas notable en la casa: la vasta estension de esta, sus hermosas capillas interiores, su biblioteca con un gran número de volúmenes, sus bellísimas pinturas, su galería de retratos de religiosos del mismo Colegio, célebres segun el espíritu del Evangelio, su huerta provista de gran variedad de legumbres y frutas, todo lo conocimos y visitamos repetidas veces, conducidos por los padres, que, sin hacer misterio de cosa alguna, contestaban con comedimiento á las preguntas que les haciamos sobre los diversos objetos que se nos presentaban á la vista.

En tantas veces como los religiosos nos favorecieron con sus visitas, nunca nos fastidiaron con una conversacion adusta, ó en que tuviesen pretensiones de lucir como hombres espirituales y entregados á una vida puramente ascética; parecia, antes bien, que estudiaban nuestro carácter para atemperarse á él en sus conversaciones, conforme á las reglas de una esquisita urbanidad. Tuvimos el gusto de tratar con varios eclesiásticos profundamente venados en la teología, en el derecho canónico, en la historia sagrada y profana, en la bella literatura romana y española y en muchos otros ramos del saber humano. En el tiempo á que nos referimos, el Colegio estaba suscrito á los periódicos nacionales mas notables de la época; así es que, allí se estaba al tanto de los acontecimientos importantes contemporáneos. Y sin embargo, ese caudal de ciencia profana y sagrada, ese contacto con los acontecimientos del siglo, ni pro-

ducia inchazon en aquellos sábios modestos, que llenos de luz y de doctrina, podian ser comparados á unos niños por su sencillez, ni desdecia en lo mas mínimo de la gravedad de un instituto, cuya esclusiva mision es la de santificar á sus miembros, para que estos santifiquen al mundo. Esos religiosos se impregnan, por decirlo así, de todo el saber humano, y aun de las actualidades del siglo, porque en su apostolado necesitan combatir el orgullo de la ciencia humana, é imprimir un sello divino sobre el inestable carácter de ese siglo.

Si no temiésemos chocar con una susceptibilidad delicadísima, la modestia nimia de un verdadero sábio, citaríamos en este lugar nombres que la gratitud y la admiracion no nos permite olvidar jamás; pero hombres como los sábios del Colegio de Guadalupe, cifran un motivo de merecimiento sobrenatural, en ocultar hasta sus nombres á los ojos del mundo. Así como tuvimos ocasion de tratar á esos varones eminentes por sus letras, conocimos tambien á otros que en una edad proveya tiene cierto candor infantil que les asemeja á los ángeles. La ciencia de tales hombres se limita al conocimiento del camino del cielo, y á la práctica de unas virtudes verdaderamente sublimes, que lo son tanto mas, cuanto que son practicadas por el que las posee con una ignorancia santa de las bellas preseas con que el cielo le ha revestido. Semejantes hombres, deducen un incontestable derecho al cielo, diciendo solamente aquello del apóstol: "*Puesto que, no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado* (*).

Algunos suponen que el espíritu monástico, hace á los hombres adustos, intratables, incapaces de la sociedad.

(*) 1.ª á los Corintios, cap. 2.º, v. 2.º

y que les dá como carácter dominante, una gasmañería refinada que tiende á hacer gala de austeridad y de abstraccion en el trato mas comun, y en las acciones mas triviales de la vida. Pero esto, no solo no es exacto, sino que es absolutamente falso. Los que así piensan y se expresan, ó proceden de mala fé, ó por una ignorancia de que no quieren salir. Muchos hay que forman juicio sobre los monasterios y los monges, por uno que otro pasaje aislado de novela, por uno que otro hecho histórico cuyos antecedentes y consiguientes no se curan de averiguar; y por lo mismo creen que todo instituto monástico está calificado suficientemente por Walter Scott y por Saavedra; que contra toda orden religiosa se podria formar un proceso tan ruidoso como el que promovió Felipe el Hermoso contra los Caballeros del templo (*).

El que quiera desengañarse de la realidad de las cosas, que vaya al interior de los claustros, donde tendrá

(*) Walter Scott, en varias de sus obras, y D. Angel de Saavedra, en su *Moro Espósito ó Córdoba y Burgos en el siglo X*, presentan cuadros tristísimos del estado que guardaban los monges en las épocas á que se refieren. El crítico Berardi, trae pasajes que demuestran una verdadera barbarie en los monasterios, allá en edades deplorables. Esos cuadros y esos pasajes no difieren mucho de la verdad histórica; pero ellos nada prueban contra la esencia del espíritu monástico. Atiéndase á la época en que ellos tuvieron lugar, y esto solo dará una esplicacion plausible de lo que se juzgara inexplicable. En el siglo X y los siguientes, la sociedad toda estuvo sumida en la ignorancia y en la barbarie; y naturalmente este mal descendió á los institutos monásticos, como que formaban parte de la misma sociedad corrompida; pero esa participacion nunca fué tal que hiciese de los claustros un motivo de escándalo, ni una escepcion vergonzosa. Ellos, al contrario, se encontraban á cierta altura que les constituia en estimable escepcion. La prueba es, que en esos siglos de espantosa corrupcion é ignorancia, los monasterios fueron los únicos conservatorios del saber humano y de las virtudes cristianas, cuando la sociedad toda descendió á un abismo espantoso. Tales hechos, pues, históricos y romancescos, deben traernos solamente esta consideracion. Si tal era la ignorancia y corrupcion de los claustros, ¿cuál sería, y cuán intensa la del mundo profano, cuando éste no tenia mas elemento que el acero, y aquellos conservaban algo de la antigua ciencia, de las viejas tradiciones y de las doctrinas del Evangelio? Para calificar con criterio una institucion, se han de tomar en cuenta los tiempos, las circunstancias generales y los hombres en sus relaciones con ellas: proceder de otra manera, es carecer absolutamente de filosofia histórica. Si para calificar el *Puero Juzgo y las Siete Partidas*, descuidamos completamente el estudio de la historia y de la crítica, nunca formaremos un juicio exacto sobre esos esfuerzos del génio; ellos no han de ser juzgados conforme á las teorías de Filangieri y de Beccaria, sino conforme á la filosofia, á las necesidades, á las situaciones anormales de los tiempos á que debieron su origen.

que notar en sus hombres la misma diversidad de caracteres que se descubre siempre, donde hay muchos individuos reunidos de distintos países, educaciones y condiciones. Hay sí, en todos los miembros de un claustro, ciertos rasgos característicos que les imprime el alto espíritu de su instituto; esos rasgos serán los de la piedad en todas sus faces, en su diversidad de aplicación; lo que, en verdad, no es extraño. ¿Pues qué, no tenemos en el mundo esos mismos rasgos exclusivos, no solo en toda corporación, sino aun en cada clase de las que componen la sociedad? Pero esto no violenta de tal suerte el carácter del individuo, que le haga perder su fisonomía moral y le fuerce á conservarse en una tensión ridícula bajo ciertas *reglas de estatuto*.

En los claustros se ve á los jóvenes con la jovialidad propia de sus años; pero jovialidad que, en el decoro de sus trasportes, dá á conocer la madurez de un espíritu dominado por la virtud: se ve al anciano, quejoso, mal avenido con todo, displicente como en el siglo; pero todos estos vicios de la edad aparecen aplastados, digámoslo así, bajo el peso del hábito de la resignación: el hombre maduro conserva sus pasiones todas, las inclinaciones de su temperamento, y tendrá orgullo, será ambicioso de gloria, será... cuanto se quiera; pero el hecho es que todas esas pasiones, sin dejar de existir, tienen limitado su desarrollo al ejercicio de lo justo y de lo honesto; apenas se anuncia un desbordamiento ilegítimo de ellas, cuando la conciencia del sacrificio y el hábito del vencimiento, las reduce á la acción mas limitada.

Los religiosos que viven conforme á su regla, ni son estatuas que existan sin pasiones, ni son unos micos que sujeten todos sus movimientos al compás de ciertas ma-

nías, ni tampoco pueden menos que diferir en sus costumbres de las usanzas del siglo, sin que por ello vengan á ser unas plantas exóticas en la sociedad. ¿Qué son, pues? ¿Cuál es su carácter, cuáles sus rasgos distintivos? Son hombres, con un carácter natural y con la fisonomía que dá el ejercicio de toda clase de virtudes y la práctica de los consejos sublimes del Evangelio. El que quiera desengañarse de ello, que vaya, como nosotros, á verlo por sí mismo.

Se tiene la idea de que los frailes, generalmente son gentes bruscas, sin educación alguna y groseras en todos sus portes. Nosotros, en el Colegio de Guadalupe, tratamos con religiosos que, lejos de tener estos defectos repugnantes, al contrario, les encontramos muy al alcance de la educación del día, y de esos estilos delicados y maneras expresivas que les pone en aptitud para tratar con la sociedad mas culta, sin descender por ello de la gravedad caballerosa que es indispensable en todo el que vista el austero hábito monástico.

Se hace cargo á los claustros de que sus comunidades se componen de personas salidas, por lo comun, de la clase menos culta y peor educada de nuestro pueblo; y que, por lo mismo, su sociedad es y debe ser chocante para todo aquel que tenga pretensiones de culto. Pero este cargo es falso por su generalidad. Además, si efectivamente las comunidades religiosas se ven hoy formadas por individuos de las clases mas humildes, ello es debido á la guerra que el filosofismo, de mucho tiempo á esta parte, hace á las instituciones monásticas. Como esa filosofía perniciosa cunde principalmente entre las clases mas altas de la sociedad, estas se retraen del acceso á las religiones, dejando libre el paso á las clases humildes, que se conservan mas á salvo de ciertas teo-

rías de la época. Para que ese cargo fuese atendible, era preciso que se demostrara que las comunidades religiosas han repelido siempre á las gentes bien educadas, y solo han acogido á la plebe soez y baja. Pero esto nunca será demostrable, puesto que, no habrá instituto monástico que no cuente entre sus hijos, reyes, príncipes, nobles, caballeros y toda elase de ciudadanos que han tenido una decorosa posicion social. Este cargo se convierte contra los mismos que lo formulan. Los que lo hacen son precisamente los mismos que sostienen la idea de la *igualdad absoluta* en la sociedad; y estos soñadores no pueden mover cuestion, sin inconsecuencia, sobre diferencias procedentes de educacion, de virtud, de honor, de cultura, &c. Para ellos, lo mismo merece el sacerdote que el cochero, el magistrado que el galeote, la púdica vírgen que la ramera soez. Estraño es, por lo mismo, que aparezcan escandalizados de que tales ó cuales cuerpos, se compongan de esta ó de aquella gente. *Es odioso é injusto establecer distinciones entre ciudadanos iguales.*

Ademas, démos por un momento que de hecho las comunidades religiosas se compusieran de puros individuos del pueblo, esto ni atacaria en su esencia el espíritu de la institucion monástica, ni de ello se le irrogaria mal alguno á la sociedad: no lo primero, porque en las instituciones del cristianismo, no es este el que se ablande á recibir por sello la índole de los hombres que abracen esos institutos; el hombre corromperá, desvirtuará, pero nunca dominará al Evangelio: no lo segundo, porque de la admision de las clases infelices en las órdenes religiosas, resulta la ventaja grande de cierto grado de compensacion en los desequilibrios sociales. Pues qué, ¿el pueblo no tiene derecho á contar en la so-

iedad con algun elemento de mejora y de perfectibilidad? Y, ¿no es claro que el hombre del pueblo bajo, que abraza la vida monástica, mejora de posicion y de educacion? Al menos se debiera pensar que cuantos plebeyos abracen la vida de los claustros, son otros tantos hombres que se ponen en situacion de ser menos malos, menos perjudiciales á sus semejantes. Reflexiónese que el cargo que refutamos, lo hace esa filosofía que adula al pueblo con las teorías de *igualdad y soberanía popular*; y luego tiene á mengua que ciertos institutos sean frecuentados esclusivamente por ese pueblo *soberano*, por esa plebe que, no obstante ser mal educada, es *igual* á los maguates mas ilustres y beneméritos del mundo.

El Cristianismo admitió á su sacerdocio real á los esclavos: para escoger los ministros de un culto augusto, borró las diferencias procedentes de la sangre: para decorar su gerarquía, no ha hecho distincion entre la casta del vencedor y la del vencido. Y con esto, ¿la Iglesia deslustró en nobleza celestial, ó descendió de su grandeza divina? Ciertamente no. Antes bien, ejerció uno de los oficios mas sublimes de su mision sobre la tierra. Ella comenzó á herir de muerte el sistema de la esclavitud, y á extinguir esas distinciones odiosas entre los humanos, estableciendo la igualdad de la justicia y de la caridad, perpetuando el espíritu con que San Pablo escribia á Filemon, recomendándole á Onesimo el esclavo, con palabras tan tiernas como estas: *Tú de tu parte recíbele como á mis entrañas, ó como si fuera hijo mio: no ya como mero siervo, sino como quien de siervo ha venido á ser, por el bautismo, un hermano muy amado, de mí en particular . . . y si te ha causado algun detrimento ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta (*).*

[*] S. Pablo á Filemon, vv. 16 y 18.

Pues bien, así como han trascurrido muchos años á fin de que la filosofía humana venga á hacer justicia al espíritu desarrollado por la Iglesia á favor de la esclavitud, de la clase mas abyecta en la antigüedad; así pasarán tambien, para que se le haga justicia en cuanto á su espíritu á favor de ese pueblo ignorante, á quien recibe en sus claustros, levantándole de la última miseria, y abriendo á sus hijos una carrera tan gloriosa como la del humilde pastor de Montalto. . . . Este en el mundo, apacentando una piara, habria desaparecido ignorado y sin nombre; un claustro le abre sus puertas, y la Iglesia en la serie de sus Pontífices, le llama Sixto V.

Tal vez será providencial que haya llegado una época en que las comunidades religiosas se compongan de individuos de la última clase del pueblo: acaso á ellos está encomendado el dominar á ese mismo pueblo que se agita, se revuelve y se enfurece bajo las banderas de Saint Simon, Owen, Fourier y Prohudom. Consúltese á la historia, y ella dirá cuáles fueron las influencias de los claustros compuestos de cierta clase, y neutralizando en otra época la accion de un feudalismo bárbaro. Jesucristo escoje sus apóstoles entre el pueblo pobre, y ello no es obstáculo para que, muy en breve, la fuerza de la doctrina ponga en conflicto á los sábios del Aréopago de Atenas! [*].

IX.

Dijimos que habiamos ido al claustro en busca de la paz paz del corazon. No nos equivocamos al dirijirnos á un asilo donde se respira un ambiente todo de paz. En él todo lo que se presenta á la vista, así como

[*] Hechos de los apóstoles, cap. 17.

lo que afecta al espíritu y al corazon, parece que tiene el poder de conjurar esas turbulencias que suscitan las pasiones, y de abrir los ojos á una luz nueva que hace distinguir verdades nuevas tambien. El solo espectáculo de las prácticas piadosas, á que sin cesar está dedicada la comunidad; el aspecto venerable de tantos hombres en cuyos semblantes está pintado el espíritu de vencimiento y de abnegacion continua; la idea de penitencia y de expiacion que se refleja de todos los objetos con que se tiene que estar en contacto, es bastante para impresionar profundamente, aun al corazon mas frívolo, y mas enchido de las vaciedades del siglo.

El que habite por algunos dias en el Colegio de Guadalupe, no necesita oír predicacion, ni dedicarse á la lectura de libros de piedad, para trasformarse en otro hombre, y ocuparse sériamente de algo que tenga tendencias á lo sobrenatural: para esto le bastan solo los repetidos ejemplos que tiene á la vista, á todas horas y en todas partes. Presenciamos varias veces la comunión de la comunidad toda, en los dias en que debe recibirla por estatuto. Este es uno de los actos mas graves y patéticos que hemos presenciado en nuestra vida. La comunidad espera en la sacristía la hora de la comunión, en medio de un silencio tan profundo, de una compostura tan modesta, que solo se puede explicar en el hombre que se anonada absolutamente bajo el peso de la conciencia de su pequeñez á presencia de un Dios infinitamente grande. De allí se van acercando los religiosos á la sagrada mesa, descalzándose préviamente y postrándose por tres veces; sin que en este tiempo se oiga mas que la fórmula de la administracion del Sacramento terrible, pronunciada por el sacerdote, y el chisporroteo de la cera que arde al rededor del Dios vivo. Si algun

cuadro hemos presenciado en nuestra vida con verdadero temor y temblor; si alguno nos ha causado impresiones inolvidables, sin que nunca nos haya sido dado describirlo exactamente, es el de esa comunión en Guadalupe, que dá tan poco que ver, como mucho que sentir; sin poder sin embargo decir algo digno sobre ella.

Aquellos hombres ángeles, hundidos, por decirlo así, desde la cabeza hasta los pies en la miseria de su sayal, emblema de la miseria de la carne; con sus plantas desnudas y arrastrándose sobre sus pechos para acercarse al Verbo de Dios, nos parecieron tan grandes, tan sublimes, como puede serlo el hombre que, reuniendo la fé del apóstol, la esperanza del profeta y la caridad del mártir, arrastra consigo la conciencia del pecado, y dá testimonio de la penitencia. Si álguien quisiera conocer la personificación del prodigio cristiano, prodigio *mónstruo* en verdad, que resulta del conjunto de la fé, la esperanza, la caridad y la expiación, le conduciríamos á presenciar la comunión de los religiosos de Guadalupe: allí vería desaparecer al hombre todo, mediante una completa transformación divina; á manera de la víctima sagrada que desaparece del altar de los sacrificios, devorada por la llama que desciende del cielo para consumir el holocausto; allí vería levantarse al mortal hasta las alturas del cielo, como el profeta Elías que, arrebatado por el torbellino de fuego, se perdió á los ojos de Eliseo, dejándole su manto en testimonio de la peregrinación que habia consumado.

Otra de las prácticas muy interesantes para nosotros en aquella comunidad, fué el canto, por la noche, del *Tota pulchra*, que entona en el cuerpo de la iglesia, y que viene á cerrar las oraciones comunes del día. Es un canto grave, bajo la nota de un sentimiento muy es-

presivo; y sin mas música que la misma letra que se entona; y no obstante esto, siempre encontrábamos nueva aquella canturía; y sus armonías, repetidas mil veces, nos parecían reproducirse todos los días á impulsos de una inspiración nueva. Un escritor, hablando de esas oraciones que el cristiano repite sin cesar, sin que le cansen alguna vez, dice que ello es porque las palabras del amor son como el sentimiento que las inspira; éste, por mas que se reproduzca, siempre será nuevo, porque nunca será el mismo que en el momento anterior (*).

Tuvimos necesidad de estrechar nuestras relaciones con un religioso, á quien elegimos para depositario de las confidencias mas amargas de nuestro corazón. Él, con una sabiduría toda divina, supo dar á esas confidencias el carácter que mas convenia á nuestro espíritu; y á proporcion que ellas iban siendo mas difusas y mas íntimas, sentíamos que sus palabras soplaban sobre nuestra alma un espíritu vivificante, que arrasaba con su impulso todos esos objetos estraños que hacina sobre el corazón la tempestad que le ha trabajado por mucho tiempo.

La religion cristiana, en esas confidencias sacramentales, cuya necesidad ha impuesto por precepto, instituyó un sacrificio de expiación en que se ejercitan las tres mas sublimes virtudes, cuya práctica comprende la de todas las demas. El hombre que se resigna á ese sacrificio, que ofrece esa expiación, cree al mismo tiempo que espera y que ama; y este acto triple prepara la víctima que es el corazón del hombre, para que reciba sobre sí la sangre del Cordero Eterno; cuyo valor infinito hace aceptable el holocausto. El penitente cristiano cree, y por eso se humilla á los pies de un hombre, á quien mira como

(*) Lacordaire. Vida de Santo Domingo, hablando sobre la devoción del rosario.

intermediario, entre el pecado y la remision, entre el cielo y la tierra: espera, y por esto se humilla á pedir tanta gracia, cuanta necesita, segun la multitud de miserias que derrama en el seno de su confidente sagrado: ama, porque el acto de abnegacion á que se resigna, solo es comparable con la voluntad decidida á sacrificar su propia existencia, y esta voluntad solo se aplica en el que ama, y con un amor divino.

La religion cristiana, profunda concedora de las necesidades del corazon humano, ha creado una satisfaccion sobrenatural para ellas, cuando llegan á un punto en que los recursos naturales les son insuficientes. Si nos fuera lícito presentar bajo un aspecto puramente filosófico la confesion sacramental, diriamos que: el hombre que vive de la reproduccion de su corazon en los seres sus semejantes, se conserva por las confianzas continuadas, por cuyo medio se asimila con todos aquellos que se las escuchan: el amigo que ciegamente deposita sus confianzas en otro amigo, en esto mismo le dá un testimonio irrefragable de la fé que tiene en su lealtad; de la esperanza que le alienta de recibir de él un consuelo, y del amor entrañable que motiva aquella creencia y aquella esperanza. Pero las confianzas humanas tienen un límite que no pueden traspasar; porque hay confianzas terribles, secretos amargos, debilidades vergonzosas que el hombre, sin suicidarse, no podria depositar en el hombre: y hé aquí, que donde acaban por necesidad las confianzas del hombre, para con el hombre, allí tienen que comenzar las confianzas del hombre para con Dios.

Aquí tenemos la esplicacion mas natural sobre esa intimidad de un género propio que resulta entre el penitente cristiano y el sacerdote que una vez ha sido el de-

positario de sus confianzas mas vergonzosas. Relaciones que han sido juzgadas por muchos, bajo un aspecto repugnante, y mas cuando se trata del sexo débil (*). En esto habrá abusos como en todo aquello en que interviene la miseria humana; pero las relaciones en sí y en su propia naturaleza, nada contienen que no sea conforme á la del corazon del hombre. Considérese con imparcialidad el temple que debe tomar necesariamente una intimidad que procede de relaciones entre una paternidad y una filiacion sobrehumanas. El penitente cristiano que se arroja á los pies de un sacerdote, para deponer ante él un peso extraño que le abrumba, que le hunde en ese abismo que abrió bajo sus plantas, la negacion de la verdad y del bien; el sacerdote que sopla sobre el corazon, renovado un espíritu de vida y una fuerza sobrenatural de que ya estaba exhausto; que llena de fé y de esperanza los abismos abiertos por la indiferencia y la duda; que le rehabilita para las obras de la gracia, con el mismo divino poder con que Jesucristo dijo al parálitico: *Levántate, coje tu camilla y anda. . . . Bien ves como has quedado curado: no peques, pues, en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor* (†): ese penitente y ese sacerdote quedan para siempre unidos con unos vínculos de especie propia, que forman una amistad singular; y sobre la que solo puede dar juicio el que se haya puesto en el caso alguna vez, de ser arrebatado por tales afectos: al que sin ese antecedente hable de ellos y les califique y los censure, le llamaremos necio é injusto; como al que pretende dar su voto sobre los misterios de un Santuario, cuyos umbrales nunca ha traspasado.

(*) Entre otros La Bruyere—V. sus "Caracteres."
(†) S. Juan—cap. 5 vv. 8 y 14.

En cuanto á nosotros, bástenos decir que, hablamos de lo que hemos sentido; y que nunca recordamos sin interes al hombre que, derramando á torrentes sobre nuestra cabeza la sangre teandrica, y estendiendo su mano para pronunciar un *vade in pace* omnipotente, se ha asemejado al mismo Dios, que estiende su brazo sobre las tempestades del mar, y sosiega en un momento las agitaciones espantosas del gigantesco mónstruo.

X.

Cumplido nuestro primer propósito en el colegio de Guadalupe, tuvimos libertad para dedicarnos á conocer algunas de las bellezas que enriquecen aquellos claustros. Vimos pinturas de mucho mérito y de pinceles de primer orden: estas son allí calificadas con criterio, estimadas con gusto y conservadas con esmero. Hace pocos años que por alguna de ellas ofreció un extranjero, amante de las bellas artes, una fuerte suma, que fué desechada modestamente por los pobres mendicantes (*). Prueba del buen gusto y desinterés que reina entre aquellos religiosos: vergüenza para muchos enemigos de los claustros, que declaman sin cesar contra la ignorancia y barbárie de los frailes: estos declamadores, en lo general, son capaces de cambiar por oro, hasta los retratos de sus esposas y de sus madres. Díganlo, si no, algunos riquísimos lienzos que en 1856 y 57, han salido de Puebla para el extranjero, vendidos por la codicia de los demagogos, que habian robado de los claustros aquellos monumentos de las artes.

Conocimos los retratos de algunos religiosos venera-

(*) Esta pintura es un bellissimo cuadro que representa el martirio de S. Bartolomé. Sabemos que se han tomado varias copias de ella que abundan en Zatecas.

bles por sus virtudes; de otros que se pueden llamar beneméritos de la patria, porque ensancharon sus límites llevando la luz del Evangelio, y con ella la civilizacion y el imperio de la ley mas allá de los desiertos que nunca pudo penetrar la espada del conquistador. Religiosos ilustres que fueron á fecundizar con su sangre el helado territorio de Tejas; y que opusieron un muro inexpugnable á las irrupciones de los salvajes, que cuando faltaron los misioneros han podido traer hasta el corazon de la República, la desolacion y el esterminio! Apóstoles oscuros, segun el mundo; pero cuyo nombre aparece radiante en las páginas de la Religion y de la humanidad!

Desde el momento en que las misiones de religiosos han faltado en nuestras fronteras, han ido desapareciendo las antiguas colonias que habian costado muchos trabajos, dinero y sangre. Los bárbaros no han tenido ya un linde que respetar, y el colono ambicioso ha podido madurar sus proyectos de usurpacion y de invasiou armada.

Al ver nosotros en los claustros de Guadalupe los retratos de esos varones ilustres que revelan la humildad del espíritu y la maceracion de la carne: al leer sus pequeñas biografías, escritas al pié de los mismos cuadros, reducidos á decir el nombre del apóstol, la duracion y el lugar de su mision, y su muerte, ya consumido por los trabajos de la campaña evangélica, ya sacrificado por el furor del idólatra bárbaro, no podiamos menos de confundirnos al encontrar en nuestros dias en todo su ardimiento ese espíritu apostólico que recuerda las historias de los primeros dias del Cristianismo, y bendeciamos esos dichosos monasterios, conservadores perpétuos de una fé viviente y de una caridad sin límites. Hé aquí, deciamos, los verdaderos conquistadores del mun-